Un nuevo evento popular captaba la atención de todos los sevillanos, la que se dio en llamar Feria de Abril. Empezó siendo una feria de ganado que finalizaba en una gran fiesta. Con el tiempo se fue imponiendo lo lúdico sobre lo comercial, dando lugar a la más importante fiesta de primavera. El origen hay que buscarlo en 1254, cuando el rey Alfonso X el Sabio otorgó el permiso para la celebración en Sevilla de dos ferias anuales, una de primavera en abril y otra en otoño en San Miguel. En 1846, el vasco José María Ybarra y el catalán Narciso Bonaplata, concejales del Ayuntamiento hispalense, pensaron en su recuperación y redactaron una propuesta ante el Cabildo Municipal pidiendo que se autorizara la celebración de una feria anual en abril. El Ayuntamiento concedió el permiso, pues vio que estaba secundada por gran cantidad de ganaderos. El 5 de marzo de 1847, la reina Isabel II firmaba la real orden concediendo a Sevilla el privilegio de feria, que se celebraría un mes más tarde. Se señaló el día 18 de abril para su inauguración, y aunque se contaba con pocos días para la preparación, todos pusieron de su parte para organizar la que sería su "feria nueva". El lugar seleccionado para su ubicación fue el Prado de San Sebastián, fuera del perímetro urbano y próximo a la Real Fábrica de Tabacos. La primera feria contaba con 19 casetas donde se comerciaba en vinos, aguardientes y chacinas, sin olvidar el ganado que era su razón de ser. Fue tan grande el éxito alcanzado, que en 1850, se tuvo que separar lo que era el mercado de ganado y el espacio destinado a diversión. Los diarios de la época, El Porvenir o Tío Clarín, se hicieron eco de su brillantez, y este dato se vio refrendado por la asistencia de miles de visitantes. Desde su comienzo, la Feria contó con el aliciente de festejos taurinos diarios en la plaza de toros de la Real Maestranza.

Si había una persona en Sevilla con la que ir a la feria era garantía de pasarlo bien, ese era sin duda mi amigo Pepe. No le veía desde la noche del jueves santo, cuando le acompañé a su hermandad y participé de todos los preparativos para la salida del paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de eso hacía ya más de quince días.

El ferial no estaba muy lejos de casa. Salí de la calle San José en dirección a lo que llamaban la Huerta del Retiro del Alcázar, allí se hallaba un muro de cerramiento de los jardines que lo separaba de la judería y que formaba un callejón llamado Del Agua. Al otro lado del muro, aún se conservaban empañando la muralla, limoneros y naranjos primitivos que impregnaban el ambiente de azahar. De inmediato llegué a la Puerta Nueva, y cruzando la Alcantarilla alcancé el Prado de San Sebastián. Pronto tuve una visión panorámica del lugar de celebración y de su variopinto gentío. Se contaban caballistas por doquier, señores del caballo y del cortijo. Junto a ellos, se hallaban otros personajes más populares, como las buñoleras, que se habían hecho imprescindibles en este evento, mujeres de raza gitana ataviadas con flores y trajes populares acompañadas por hombres con chaqueta corta y sombrero. Estas vestimentas contrastaban con las de las clases más pudientes, adaptadas a una forma más afrancesada en el vestir. También había puestos de turrones y avellanas, pero los que más se prodigaban eran los puestos de vino. En otra parte más alejada del prado, donde se encontraba el ganado en un inmenso redil, había personas que chalaneaban poniendo de manifiesto el carácter de mercado de ganado que tenía la Feria. Los chalanes solían cerrar sus acuerdos con un buen vaso de vino. Destacaba la algarabía y el carácter festivo que se respiraba en las casetas, que eran de tela y por lo general redondas. Algunas eran establecimientos al estilo de las ventas para el consumo de vinos y chacinas. Había casetas particulares por lo general de aristócratas o ricos comerciantes, a las que únicamente se podía entrar con invitación de sus propietarios.